

GRAN CASINO DE SAN SEBASTIAN

Dos conciertos diarios de 5 á 7 de la tarde, de 9 y media á 11 y media de la noche. Clásicos los martes. Artísticos, miércoles y viernes. Baile-cotillón, jueves y domingos. Baile de niños con tómbola, jueves y domingos. Restaurant de primer orden. Afternoon tea todos los días á la hora del concierto.

Galletas y bizcochos

"CANTABRIA"

Insausti y Compañía

FABRICA: BARRIO DE ULIA. Teléfono 396

Despacho: Legazpi, 5. Teléfono 698. San Sebastián

HIELO

preparado con agua potable purísima, del manantial que abastece las fuentes públicas del barrio de Lasarte

Puntos de venta

Calle de Andía, número 4, comestibles.--Calle San Martín, número 46.--Calle de Zubieta, número 11
Pescadería de la Brecha y de la calle de Urbietta

A los pueblos situados en las líneas de San Sebastián á Bilbao y de Málzaga á Zumárraga se remiende de la fábrica

Diríjanse los pedidos á D. LUIS PALACIOS.--LASARTE

Folleton de "LA VOZ,"
22 de Julio de 1913 28

Esta obra es propiedad de la Casa editorial Maucci, de Barcelona

SIN MADRE

Novela inglesa original de

HUGO CONWAY

Versión española de

FRANCISCO CARLES

Vigor le estimuló con sus críticas. Stanton se mostró á la vez bromista y severo. Alabanza, broma ó crítica, sirvió para que Valentin emprendiese el buen camino, y si algunos de nosotros nos permitíamos decirle algo, bromeando acerca de su traje excéntrico ó de sus sortijas, él era el primero que se hacía eco de nuestras risas. A pesar de los encantos que tenía la estancia en Mirfield, hombre alguno se consideró más dichoso que yo cuando pude regresar á Londres, porque en su última carta decíame Claudina que estaba muy alegre, porque muy pronto íbamos á volver á ver-

nos, repitiéndome al mismo tiempo que sus sentimientos eran los mismos. Por su parte, Valentin tenía el propósito de preparar un gran cuadro. Arreglamos y cerramos nuestras maletas, pusimos las fundas á nuestras escopetas, y emprendimos el regreso á Londres, fortificados por el aire puro del campo, atezados por el sol, y bien preparados para gozar de los placeres de la vida, y animosos para soportar sus rudas pruebas.

Aun contra la voluntad del irascible general Gore, Claudina y yo seguíamos siendo novios, estando ella cada vez más hermosa y yo más enamorado; si bien, por más que había llegado hacía tiempo á su mayor edad, aún no había fijado la fecha de su enlace.

Con exactitud verdaderamente militar, díjame su tutor las cuentas de la tutela el día mismo en que Claudina llegó á su mayor edad, dejándola, en adelante, en adelante, en completa libertad para administrar su fortuna, y disponer de su

mano. Con un postrer consejo, le dije que no se liara de los aventureros en general y los que están á caza de dotes en particular. Suyo le fué, para ello le resudió á su padre que de otro modo su palanca á un tal Norris. En su noche Claudina con mucho respeto, dióme las gracias por las muchísimas pruebas de cariño que de él había recibido durante tantos años, y manifestó que sentía mucho no participar de las ideas de su tutor respecto al señor Norris, y que por tanto, algún día llevaría adelante su proyectado enlace. Hizo el general mil lúgubres profecías, y así terminó la conversación, diciendo que él se lavaba las manos.

Claudina vivía desde entonces con una tía, y se asombraba cada vez más por sus continuos aplazamientos; ¡qué! ¿no tenía ella bastante capital para los dos? Pero estaba yo muy decidido á no vivir á costa de mi mujer, y por muy penoso que fuese mi sacrificio, había resuelto esperar el regreso de mi padre. Desde el momento en que podía ver á Claudina siempre que se me antojaba, era necesario que me mostrase razonable. ¿En dónde se hallaba mi padre? Hacía dos años que había emprendido un viaje, y desde entonces sólo recibí dos lacónicas cartas, procedentes del otro extremo del mundo; asegurábame en ellas que se encontraba mucho mejor física y moralmente; pero no indicaba nada preciso acerca de la época de su regreso.

Como no respondía á ninguna de mis escritas, díjeme que era trabajo perdido el escribirle, y dejó de hacerlo. Había tenido muchas ocasiones entonces de encontrar al capitán Chesham en el Juvenil Club, y luego se marchó al continente, á donde,

por un momento, pensé seguirle. Lord Rothwell, dominado otra vez por la manía de los viajes, se marchó otra vez de Inglaterra.

Le acompañé hasta Southampton, y allí al despedirme, se comprometió á estar de regreso para la apertura de la caza, citándonos en Mirfield. Por lo que hacía Valentin, habíase vuelto más serio, sin perder nada de su amabilidad, siendo irresistible como siempre el encanto de su conversación y modales. En la exposición de pinturas que se celebró por aquella época, obtuvo un verdadero éxito, y sus obras consiguieron honores y plácemes. Decididamente, la fortuna henchía sus velas. Venimos áho el reverso de la medalla. Valentin no ignoraba los rumores que circulaban acerca de su nacimiento; pero ¿qué hacer? Pedir una satisfacción á Chesham, era muy peligroso, porque se corría el riesgo de arrastrar por él todo el buen nombre de lady Estmer. Era, pues, preferible no decir nada. La única persona con quien Valentin podía desahogar sus penas, era yo. Chesham, mientras tanto, le perseguía con su odio.

En esa época fué cuando Valentin se enamoró de una encantadora joven, y él, que con tanta facilidad rompiera el compromiso contraído con su prima, llegó á ser tan cecivo como yo del maligo y diminuto dios. El padre de la joven tenía ceceo pechillo, pero en cambio, orgulloso excesivo, y al cabo de algunas semanas anunció á Valentin que quedaban rotas todas las relaciones. Pidió explicaciones, y supo que los rumores que corrían acerca de su nacimiento, habían sido el origen de aquella ruptura. Valentin me tomó por

confidente de sus penas. La negativa de sir Morbey sólo podía atribuirse á alguna nueva infamia de Chesham. Una carta que este tuvo el atrevimiento de enviar á Valentin, confirmó la sospecha. «Un hijo que pega á su padre, no puede casarse sin perderte su consentimiento.» En el momento en que Valentin me enseñaba esta carta, contemplaba sus ojos con un fulgor extraño, y en seguida prosiguió á basar al capitán, que se había ausentado ya de Inglaterra.

—El mejor medio de obligarle á callarse, es meterle una bala en los sesos—me dijo Valentin.

Hizo grandes esfuerzos para calmarle, hablándole de lady Estmer, á la que no que no quisiera contar por qué causa se había deshecho su proyectado casamiento; pero á mí sí me contó sus penas. Pronto, sin embargo, su natural alegría recobró su predominio; tal vez sucedió esto porque, como decía Claudina, las penas hacen menos mella en las naturalezas frías. Desde que ocurrieron todos estos sucesos, habían transcurrido dieciocho meses, y llegamos al de Junio. Hacía un calor muy fuerte, y el asfalto de las aceras de las calles de Londres se pegaba á los pies. El solo aspecto de las piedras y del macadam daba espílese, y tanto Valentin como yo estábamos poder aspirar á plomo pulmon la vida y una brisa de las costas.

—Estoy decidido—me dijo,—á no pasar más tiempo alojándome aquí. La estación de moda hace mucho que concluyó, y mañana mismo me marcharé á la orilla del mar.

Lo mismo que Valentin, estaba yo harto del humo de Londres, y mi imaginación me impulsaba hacia un retiro fresco y

poético, en el que tantas veces viera bajo mis pies, deshaciéndose en blanca espuma, que semejaba larga sarta de perlas al extenderse sobre la arena, y los guijarros de la orilla. Desde luego quedó convenido nuestro viaje y en la forma en que debía hacerse. Valentin deseaba ante todo dirigirse á un país pintoresco.

—Pues para eso es preciso marcharse á Cornwall ó al Devonshire—dijo.

—Se me ocurre una idea... una inspiración. Vamos á Torwood—replicóme Valentin—en donde están cultivados la poesía hablando con las aves marinas.

—¿Cómo es vais á aburrir allí?

—¡Oh! En mi vida me aburrí en ninguna parte. Telegrafiad avisando que vamos allá.

El natural deseo de ver mis lares y penales, me hizo acceder á los deseos manifestados por Valentin, y así pasamos en Torwood quince días muy agradables. Encontré allí los mismos criados, las mismas familias de pescadores en las cabafas construidas en el alto del acantilado y en mi cuarto, en el mismo sitio en que los dejara, los objetos de mi pertenencia. No era, sin embargo, la casa palerma la misma para mí, ¡qué pensar más grande experimenté al encontrarme desierta! ¡Qué vacío más grande en la mesa en donde el puesto de mi padre, no estaba ocupado otros años! ¡Qué privación más grande la de no poderle oír tocar el piano! Sin él, encontrábase triste y como desorientado en la soledad de Torwood. A pesar de tan tristes impresiones, el tiempo seguía su curso sin detenerse, y mientras Valentin se dedicaba á la pintura, yo no abandonaba los remos y los aparejos de pesca. De